



BENJAMIN
BALINT

EL ÚLTIMO
PROCESO
DE KAFKA

El juicio de un
legado literario



Ariel

Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Dedicatoria
- 1. La última apelación
- 2. «Veneración fanática»: el primero en caer ante...
- 3. El primer proceso
- 4. Flirtear con la Tierra Prometida
- 5. Primer y segundo juicios
- 6. El último hijo de la diáspora: el más allá judío de Kafka
- 7. La última cosecha: Kafka en Israel
- 8. El último deseo de Kafka, la primera traición de Brod
- 9. El Creador de Kafka
- 10. El último tren: de Praga a Palestina
- 11. El último funambulista: Kafka en Alemania
- 12. Laurel y Hardy
- 13. El último amor de Brod
- 14. La última heredera: vender a Kafka
- 15. El último proceso
- Epílogo
- Agradecimientos
- Bibliografía
- Notas
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

¿A quién pertenece Kafka?

La historia del verdadero proceso sobre su obra.

El último proceso de Kafka arranca con las últimas instrucciones que le dio Frank Kafka a su amigo más cercano, Max Brod: que a su muerte este destruyera todos los papeles que le quedaban. Sin embargo, cuando llegó el momento en 1924, Brod no tuvo el ánimo de quemar las obras inéditas del hombre al que consideraba un genio literario.

La historia de la vida póstuma de Kafka es kafkiana en sí misma. Tras la muerte de Brod se estableció una batalla legal internacional para determinar qué país podía reclamar la propiedad de la obra de Kafka: ¿Israel, donde el autor soñaba con vivir, pero adonde nunca llegó a ir, o Alemania, donde perecieron las tres hermanas de Kafka en el Holocausto?

Un relato apasionante acerca del controvertido proceso en los tribunales israelíes que resolvió cuál sería el destino de los manuscritos del escritor. Muy bien documentado, con retratos certeros y una extraordinaria capacidad para evocar la época y el lugar, *El último proceso de Kafka* es al mismo tiempo un brillante retrato biográfico de un genio literario y la historia de dos países cuyas obsesiones nacionales por superar los traumas del pasado alcanzaron un punto crítico con un juicio acaloradamente disputado por el derecho a reclamar el legado literario de uno de nuestros maestros modernos.

Benjamin Balint

El último proceso de Kafka

El juicio de un legado literario

Traducción de Joan Andreano

Ariel

Para Karina

1

La última apelación

*Tribunal Supremo de Israel, calle Shaarei Mishpat
1, Jerusalén
27 de junio de 2016*

La palabra *sein* significa en alemán ambas cosas: «existir» y «pertenecerle a él».

FRANZ KAFKA,
Consideraciones acerca del pecado, aforismo 46

Una mañana de verano, en Jerusalén, Eva Hoffe, de ochenta y dos años de edad, estaba sentada con las manos aferradas a la curvada madera de un banco en un apartado del vestíbulo, de alto cielorraso, del Tribunal Supremo de Israel. A fin de que pasara el tiempo hasta su vista, un amigo que había venido a prestarle apoyo hojeaba un ejemplar del diario *Maariv*. En general, Eva evitaba a la prensa; la enfurecían las mentiras generadas por periodistas decididos a retratarla como una excéntrica «anciana de los gatos», una oportunista que intentaba ganar dinero fácil con tesoros culturales demasiado importantes para permanecer en manos privadas. Un titular en grandes letras rojas de la portada llamó su atención. «Incluso van a subastar un mechón de pelo de David Bowie», dijo con un punto de indignación. «Sí, como si se tratara de una reliquia religiosa», respondió el amigo.

Aquel día se decidiría el destino de otro tipo de reliquia. Tres meses atrás, el 30 de marzo de 2016, Eva se enteró de que el Tribunal Supremo había accedido a oír su caso, «dada su importancia pública». Cosa rara, el caso de Eva no aparecía en la agenda pública del tribunal junto a los demás casos del día. Una pantalla digital a la entrada del vestíbulo del Tribunal Supremo anunciaba su vista tan solo como Anónimo vs. Anónimo.

Eva había llegado con casi una hora de antelación; quizás no hubiera visto la pantalla al entrar. En cualquier caso, el anonimato hoy la eludiría, por mucho que lo deseara. Una batalla de ocho años por una custodia llegaba a su punto álgido. Las fases previas del juicio (llenas de dilemas legales, éticos y políticos) habían aparecido en la prensa israelí e internacional conforme las vistas iban pasando por el Tribunal Familiar de Tel Aviv (septiembre de 2007 a octubre de 2012) y el Tribunal de Distrito de Tel Aviv (noviembre de 2012 a junio de 2015). Desde su inicio, el caso había enfrentado los derechos de propiedad privada contra los intereses públicos de dos países: ¿perteneecía la herencia del escritor de Praga, en lengua alemana, Max Brod (1884-1968) a Eva Hoffe o a la Biblioteca Nacional de Israel? ¿O estaría mejor alojada en el Archivo de Literatura Alemana de Marbach, Alemania? Lo que había en juego era más que la herencia de Max Brod, una figura antaño aclamada en la vida cultural de Europa central. Brod era el amigo, editor y albacea literario de otro escritor de Praga cuyo nombre personifica la literatura moderna: Franz Kafka.

La herencia de Brod incluía no solo sus propios manuscritos, sino también montones de papeles originales de Kafka, tan frágiles como hojas de otoño. Noventa y dos años después de la muerte de Kafka, esos manuscritos ofrecían la posibilidad de arrojar nueva luz sobre el sorprendente mundo del escritor que acuñó un estilo inimitable e inmediatamente reconocible de realismo surreal, y que esbozó las fábulas más indelebles del siglo xx acerca de la deso-

rientación, el absurdo y la tiranía sin rostro: el escritor, único, cuyo nombre se había convertido en adjetivo. La improbable historia de cómo los manuscritos de Kafka habían acabado en manos de la familia Hoffe implicaba a un escritor por entonces no reconocido pero genial; su mejor amigo, que traicionó su último deseo; una angustiada huida de la invasión nazi conforme las puertas de Europa se cerraban; un lío amoroso entre exiliados en Tel Aviv, y dos países cuya obsesión por superar los traumas del pasado los acabarían enfrentando, aquel día, en el Tribunal Supremo. Por encima de todo, el juicio abría otra pregunta, tremendamente peligrosa: ¿a quién pertenece Kafka?

Eva, que se encontraba en el ojo del huracán, había nacido en Praga el 30 de abril de 1934, una década después de que enterraran a Kafka en el cementerio judío de la ciudad. Tenía cinco años cuando huyó con sus padres, Esther (Ilse) y Otto Hoffe, y su hermana Ruth de la ciudad, ocupada por los nazis. Me enseñó fotos de su madre Esther en Praga, una hermosa joven con su mascota, un gran danés llamado *Tasso* en honor al poeta italiano del siglo XVI, famoso por su poema *Jerusalén liberada* (1581). «También uno de mis gatos se llama *Tasso*», me dijo Eva.

A su llegada a Palestina, Eva acudió a la escuela en Gan Shmuel, un kibutz cerca de la ciudad septentrional de Hadera, y luego estudió hasta los quince años en un internado agrícola en la Aldea Juvenil Ben Shemen, en el centro de Israel. Su profesora preferida, la artista Naomi Smilansky (1916-2016), la tomó bajo su protección. Pero su época en Ben Shemen estuvo marcada por la soledad. «Extrañaba muchísimo mi casa y lloraba casi todas las noches», me contó. Con el estallido de la guerra de Independencia de Israel,^{*} en 1948, y con Ben Shemen asediada por fuerzas de la Legión Árabe, evacuaron a Eva y a los demás en autobuses blindados. Eva completó su educación en Tichon Hadash, la escuela secundaria de élite progresista de Tel Aviv.

Allí floreció gracias a la atención que le dispensó la directora Toni Halle (1890-1964), nacida en Alemania y amiga de Gershom Scholem desde los años de universidad.

Tras la guerra, Eva sirvió en una unidad Nahal de las Fuerzas de Defensa de Israel. Esas unidades, bajo el mando de los Cuerpos de Juventud y Educación, combinan voluntariado social, organización comunitaria, agricultura y servicio militar. Tras completar su servicio, optó por estudiar musicología en Zúrich. Sin embargo, antes de acabar sus estudios regresó a Israel, en 1966, en parte para calmar la ansiedad de su padre Otto ante el inminente estallido de hostilidades entre Israel y sus vecinos árabes. «Él tenía un miedo atroz a la guerra —me dijo—. Temía que nos masacraran.»

La guerra de los Seis Días estalló en el verano de 1967. Durante seis días, Eva caminaba hasta el Café Kassit, en la calle Dizengoff de Tel Aviv, donde se tomaba un *espresso* en alguna de las diminutas mesas de la terraza, junto a los seis paneles que Yosl Bergner había pintado para el local, con figuras de marionetas de arlequines y músicos. El establecimiento era un punto de encuentro y de cotilleo para bohemios de pelo largo, intelectuales sin dinero, vendedores ambulantes y la élite de las Fuerzas Armadas, incluido Moshé Dayán. El mayor Ariel Sharon, posteriormente primer ministro, una vez reprendió a un suboficial: «Pasas el tiempo en Kassit y no paras de hablar acerca de nuestras operaciones a periodistas del *Haolam Haze* (un semanario publicado por Uri Avnery)». ¹ Todo aquel que era alguien, decía Uri Avnery, uno de los habituales de la cafetería, «frecuentaba a los demás, y en el contacto mismo había inspiración». Y todos los días Eva llevaba a casa fragmentos de conversaciones escuchadas, noticias sobre el progreso de la guerra. Su padre recibía con desconfianza sus informes de victorias israelíes.

Tras la guerra de los Seis Días, Eva enseñaba música y ritmo a niños de primero y segundo de primaria, y disfrutaba de sus improvisaciones. Sin embargo, al año siguiente sufrió una pérdida doble: su padre y el escritor Max Brod, un inmigrante procedente de Praga y una figura paternal para ella, murieron en un plazo de cinco meses. Se dio cuenta de que ya no disfrutaba ni tocando ni enseñando música.

Con Eva de duelo, el poeta y compositor israelí Haim Hefer, otro habitual de la cafetería Kassit, la recomendó para un trabajo en El Al, la aerolínea israelí. Durante las siguientes tres décadas trabajó como miembro del personal de tierra. «No quería ser azafata —dijo— porque quería estar cerca de mi madre.» En cambio, desarrolló un gusto casi infantil por el rugido de los motores de los aviones; por ver a los señaleros con sus chalecos reflectantes y sus protectores auditivos guiando a los aviones con sus toletes iluminados hacia sus puertas. Se retiró a los sesenta y cinco años, en 1999.

En ningún momento, durante esos años en El Al, sintió el deseo de volar a Alemania. «No podía perdonar», dijo. Tampoco se casó. «Cuando oí lo mal que hablaba Felix Weltsch [un amigo de Kafka que huyó de Praga a Palestina con Max Brod] de su mujer, Irma, supe que no quería casarme.» En paz con la ausencia de hijos, prefirió vivir en una especie de simbiosis con su madre Esther (y los gatos de ella) en su atestado apartamento de la calle Spinoza de Tel Aviv.

Eva Hoffe se movía en los círculos intelectuales de Tel Aviv (y contaba entre sus amigos con el poeta hebreo, nacido en Berlín, Natan Zach, y el artista Menashe Kadishman), pero nunca pretendió ser ella misma una intelectual. Me confesó que no había leído muchos de los libros de Brod. Eva no tenía hijos; obtenía su apoyo de un círculo de devotos ami-

gos que la adoraban. Tres de ellos se apretujaban ahora con ella en un rincón del vestíbulo del Tribunal Supremo, esperando que comenzase la vista. «Pase lo que pase —le advirtió el que llevaba el diario—, no digas una palabra; no estalles.» Ella asintió y expresó su frustración por boca de otro: «Si Max Brod estuviese vivo —dijo imitando su voz—, vendría al tribunal y diría: *jetzt Schluss damit!* (“¡Ya está bien!”)».

Un novelista israelí me dijo una vez que veía a Eva Hoffe como «la viuda del fantasma de Kafka». Eva, acosada por la posibilidad de perder la herencia, había adquirido algo de la desesperación de los fantasmas, a la luz de la opacidad de la justicia. En la novela inconclusa de Kafka *El proceso*, el tío de Joseph K. le dice: «Sufrir un proceso es casi haberlo perdido». Aquel día, Eva nos contó que sentía sobre sus hombros el peso de una desesperación como esa. «Si esto fuera un juego de tirar de la cuerda, no tendría ninguna opción —nos dijo—. Me enfrento a oponentes inmensamente poderosos, inmensamente.» Se refería al Estado de Israel, que aseguraba que los manuscritos que su madre había heredado del amigo íntimo de Kafka no le pertenecían a ella, sino a la Biblioteca Nacional de Jerusalén.

El clamor de la vista previa se iba calmando. Era momento de que Eva, la cara pálida pero alerta, entrara en la sala. «Por lo que a mí concierne —dijo Eva mientras empujaba las pesadas puertas que separaban el tribunal del vestíbulo—, las palabras *justicia* e *imparcialidad* han sido borradas del vocabulario.»

En *El proceso*, las salas del tribunal están a media luz. La sala Jerusalén, en cambio, parece una capilla con su alto cielorraso, y sus paredes blancas y sin adornos reflejan la luz del sol. No hay ni lujos ni dorados. El rectilíneo edificio, encargado por la filantrópica londinense Dorothy de Rothschild, está recubierto de piedra de Jerusalén. Lo corona

una pirámide revestida de cobre, inspirada en la antigua tumba del profeta Zacarías, el monumento tallado en la roca madre del valle de Cedrón, en Jerusalén Este.

Había nueve abogados con togas negras sentados en una mesa semicircular. Estaban allí para dar voz a las tres partes, no necesariamente iguales, de la disputa: la Biblioteca Nacional de Israel (que gozaba de la ventaja de campo, por así decirlo, dado que el proceso se resolvía en terreno israelí); el Archivo de Literatura Alemana de Marbach (que tenía la ventaja de poseer recursos financieros de una magnitud no imaginable por las otras dos partes) y Eva Hoffe (quien, al menos hasta aquel momento, estaba en posesión física del botín que los demás codiciaban). Todas las partes se habían involucrado en la polémica por medios legales, y todas ellas (y, a su vez, los jueces) fluctuaban entre dos registros retóricos: el legal y el simbólico. El procedimiento legal prometía arrojar luz sobre cuestiones de dura importancia para Israel, Alemania y la aún frágil relación que había entre ellos. Tanto Marbach como la Biblioteca Nacional habían expresado ante el tribunal su preocupación por los pasados de sus respectivos países (aunque de modos muy diferentes); ambos buscaban utilizar a Kafka como trofeo para honrar esos pasados, como si el escritor fuese un instrumento de sus respectivos prestigios nacionales.

Los abogados, de espaldas al público, se enfrentaban a un grupo de tres jueces que se sentaba en el estrado: Yoram Danziger (un ex abogado mercantil) a la izquierda; Elyakim Rubinstein (antiguo fiscal general) en el centro, y Zvi Zylbertal (exjuez del Tribunal de Distrito de Jerusalén) a la derecha. Estos eran los hombres encargados de evaluar la legitimidad de las reclamaciones y los límites de esa legitimidad.

Eva se sentó sola en primera fila. Meses atrás me la había encontrado en la calle Ibn Gvirol, en Tel Aviv, no muy lejos de su apartamento. Parecía estar vagabundeando, sola